

ta amor por la poesía, reconoce el talento de Gangotena, siente empatía con él y efectúa análisis textuales finos, rasgos que constituyen un lindo homenaje a la creación gangoteana y que la traducción de Cristina Burneo restituye con naturalidad. Así, le agradecemos a esta el trabajo que realizó y que favorece tanto el reconocimiento de un gran poeta, Gangotena, como el de una gran académica, Adriana Berchenko, la cual nos dejó con esta monografía, rescatada y traducida por Cristina Burneo, un importante estudio de la obra de un poeta complejo, conmovedor y singular.

BENOÎT SANTINI,
UNIVERSITÉ DU LITTORAL CÔTE D'OPALE
(BOULOGNE-SUR-MER, FRANCIA)

Bibliografía

- Arenas, Rogelio. "Adriana Castillo de Berchenko". En *Alfredo Gangotena, poète équatorien (1904-1944) ou l'Écriture partagée*. Perpignan: Presses Universitaires de Perpignan, 1992; *C.M.H.L.B. Caravelle*, Université de Toulouse Le Mirail, No. 60 (1993).
- Castillo de Berchenko. "Adriana". En *Alfredo Gangotena o la escritura escindida*. Trad. de Cristina Burneo. Quito: Editorial Acróbata, 2013.
- . "Adriana". En *Le discours et l'écriture des voix non autorisées dans la littérature latino-américaine*. Perpignan: Université de Perpignan, 1996.

RAÚL SERRANO SÁNCHEZ, EDITOR,
Solo ella se llama
Marilyn Monroe
(Relecturas de una diosa),
Cuenca, Casa de la Cultura
Ecuatoriana, Núcleo del Azuay,
2013, 183 p.

Muchos libros me hacen feliz, pero hay unos que me tocan de manera fulminante. *Solo ella se llama Marilyn Monroe (Relecturas de una diosa)* es de estos que deslumbran a primera vista, y que duplican su efecto cuando se han consumido. Portada y fotos hacen el impacto visual: la bella del celuloide captada para siempre en imágenes menos reproducidas que las otras –la del vestido levantado por el viento del tren subterráneo, la del rostro serio apoyado en el borde de una tina de baño frente a Tony Curtis, con peluca de mujer, la que emerge del pastel para cantar "Happy Birthday, Mr. President"–; en las de este libro, Marilyn lee ejemplares de títulos distintos, con rostro de concentración o deleite.

La hazaña es, otra vez, de Raúl Serrano, escritor prolífico y estudioso disciplinado de las letras ecuatorianas, en una preciosa edición cuencana, bajo el sello Último Round, que se publica este año –al siguiente de la conmemoración de las "cinco décadas de su huida, no de su muerte"–, porque suponen el gran esfuerzo de convocar, recopilar, editar y prologar un conjunto de textos, creados en su mayoría con una intención: hacer un homenaje a la "muñeca sin niña" (luminosas palabras de Huilo Ruales) que concentró significados especiales para hombres y mujeres.

Cada contribución –gama variadísima entre cuentos, poemas, crónicas, ensayos, testimonios y hasta un guion cinematográfico– merecería un comentario particular. En este espacio solo puedo dedicarme al estudio introductorio de Serrano que hace la más seductora invitación a revisar los mitos y las realidades en torno de la actriz que construida por Hollywood, sufrió las consecuencias, más negativas que exultantes, de ser “una diosa” de las pantallas.

Lo de diosa debe ir por el culto que ha provocado durante los cincuenta años que se eslabonan desde su desaparición, en una confusa noche de 1962 de la que todavía no se tiene una conclusión definitiva: ¿se excedió con los barbitúricos, tuvo voluntad de autoliminarse? Por muchas razones, es la actriz sobre la que más se ha escrito, motivo de uno de los retratos más célebres de Truman Capote, de una novela de Joyce Carol Oates, del poema que inicia la devoción latinoamericana, de pluma del poeta-sacerdote Ernesto Cardenal.

El estudio de Raúl Serrano sintetiza de elocuente manera las razones de esa devoción en una apretada biografía que recoge los puntos que nos hacen comprender que Norma Jean-Marilyn poseía “una sensibilidad que en su cuerpo es un cardo que a los hombres fascina, pero a la vez descoloca”, y que nunca fue una mujer frívola. Al contrario, llena de ideas propias dentro de una década compleja en la historia de los Estados Unidos, propició el acercamiento con los negros, dio testimonio valiente en los juicios macartistas y buscó el amor rompiendo toda clase de convenciones.

Era “pecaminosa y lectora” afirma Raúl, a base de amplia bibliografía

(que viene bien consignada en este libro) porque “Marilyn era alguien diferente [...] alguien para quien el acto de vivir tenía que ser un acto poético”, y afirmar esto supone de inmediato subversión, libertad, dolor, la constatación de que los moldes de la cultura capitalista y patriarcal no eran para ella.

Los hombres soñaron con ella, algunas mujeres se dieron cuenta de que se esforzaba por romper con el poder. Se quedó para siempre... en llamas.

CECILIA ANSALDO BRIONES,
UNIVERSIDAD CATÓLICA
SANTIAGO DE GUAYAQUIL